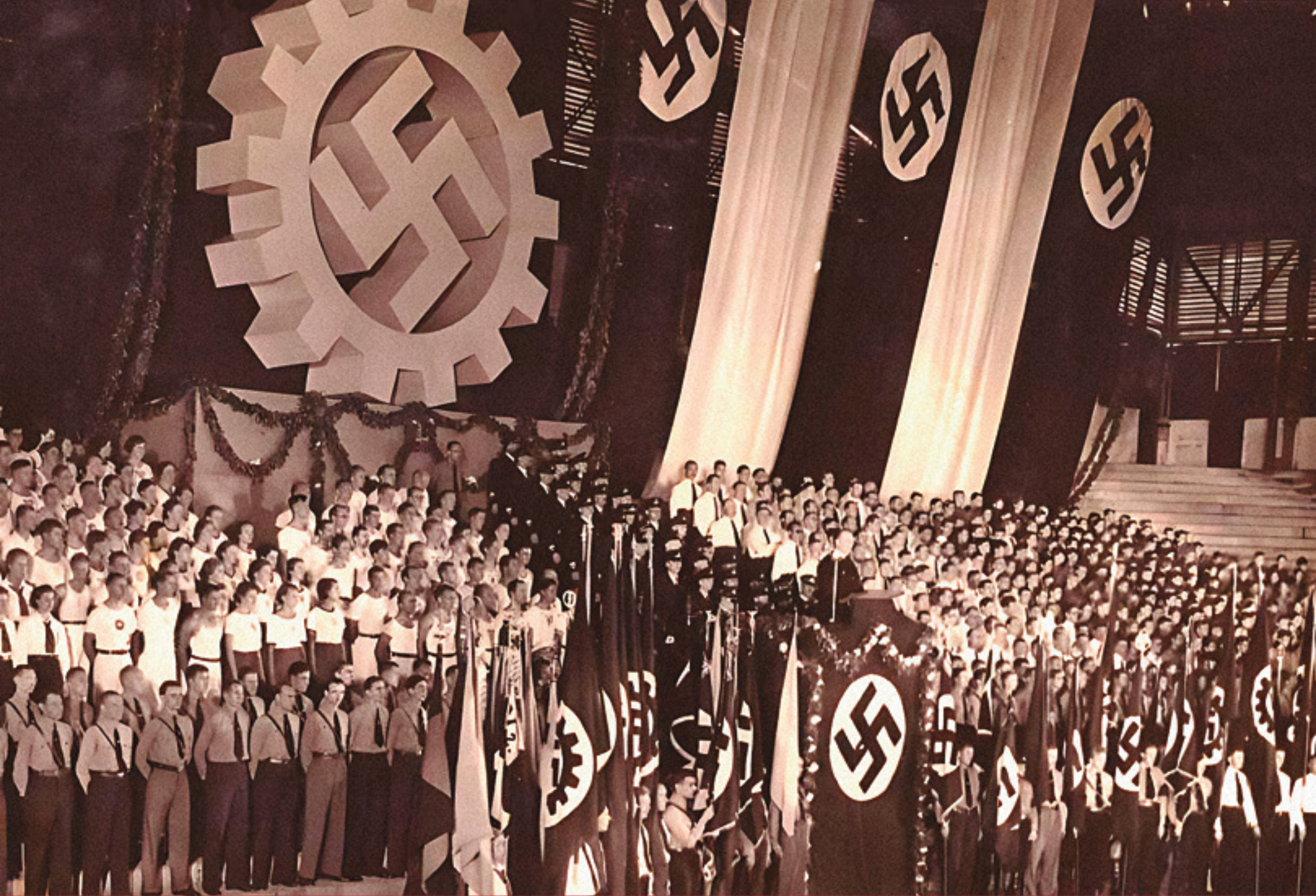




Ariel Magnus
NAZIS Y JUDÍOS



INTERZONA

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

NAZIS Y JUDÍOS



Ariel Magnus

NAZIS Y JUDÍOS

En el exilio argentino

INTERZONA

INTERZONA

Magnus, Ariel

Nazis y judíos : en el exilio argentino / Ariel Magnus. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.

144 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Ensayos)

Traducción de: Ariel Magnus.

ISBN 978-987-790-131-3

1. Ensayo. 2. Historia. 3. Exilio. I. Magnus, Ariel, trad. II. Título.

CDD A864

Tür an Tür. Nazis und Juden im argentinischen Exil fue publicado por primera vez en 2023 en Alemania

© 2023 by Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Cologne/
Germany

© De la traducción, Ariel Magnus, 2025

© interZona editora, 2025

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Fernando Ozón

Corrección: Mónica Campos

Fotos de tapa: arriba, mitín nazi en el Luna Park de Buenos Aires, AGN 1938. Abajo, año nuevo judío en el gran templo de Paso, AGN, 1948. Contratapa: Acto ante el monumento recordatorio a las víctimas del Holocausto, 1963.

La traducción de este libro fue realizada con
el apoyo de una beca del Goethe-Institut.



ISBN 978-987-790-131-3

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

NOTRE DAME DE BUENOS AIRES

Hay que poder imaginárselo: un judío que huye doce mil kilómetros, de Hamburgo a Buenos Aires, y cae justo en una casa en la que viven nazis. Hasta en una novela sonaría un tanto exagerado. Sin embargo, ese fue el destino tragicómico de mi abuelo Heinz Magnus.

La casa quedaba en Monroe 4140, al lado de Belgrano R, el barrio preferido de los alemanes en la Capital Federal. Era una propiedad horizontal de cuatro unidades, dos en la planta baja y dos en el primer piso, con un jardín al fondo. Mis abuelos se mudaron a una de las plantas bajas, sin sospechar qué tipo de vecinos vivían en el primer piso. Su apellido era Winkler, y la problemática era en realidad solo la mujer.

–Se parecía a Charles Laughton encarnando a Quasimodo en *Notre Dame de París* –recuerda Gaby, la hija mayor, hermana de mi padre, nacida en 1945–. Hitler no mató a suficientes de ustedes, decía esta señora cuando estaba en un buen día. En los otros, no se le escuchaban más que insultos.

A la señora Winkler, que no tenía hijos, le disgustaban los niños, de los que mi abuela, Lieselotte Jacoby de Magnus, tuvo tres en regular sucesión: Gaby, Ruth y Tommy, mi padre. Pero el conflicto se debe haber desatado antes aun del ruido que generaban los infantes. Cuando terminó la guerra, mi tío abuelo Hans Jacoby trajo un tocadiscos y puso bien fuerte “La Internacional” en alemán, que era el idioma en el que aparentemente se la oía al principio en Argentina.

–¡Ya bastante con que nuestra patria haya perdido la guerra! –me cuentan que bramó Quasimoda desde el piso de arriba.

No conforme con el griterío, también solía arrojar por el balcón, directamente sobre el patio de mis abuelos, la mugre que se juntaba debajo de la bacha de su cocina.

–Olía a cloaca –se acuerda mi padre, nacido en 1950–. Y nunca se olvidaba de agregar un “¡Judíos de mierda!” o cosa por el estilo.

Una vez llamaron a la policía, para ver si podían ponerle fin al hostigamiento, y efectivamente se la llevaron. Pero al par de horas ya estaba de regreso y todo siguió como hasta entonces.

La más damnificada fue mi tía Ruth, nacida en 1946. Le encantaba hacer sus ejercicios de estiramiento en el jardín y Quasimoda la consideraba por eso poco menos que una ramera. Un día, con doce años, Ruth se cansó de sus humillaciones y la invitó a un duelo con todas las de la ley: le dijo que bajara y que solucionaran el conflicto como hombres. Y la señora Winkler realmente bajó de su departamento. La judía esbelta peleando en medio de la vereda contra la gorda nazi tiene que haber sido un espectáculo notable desde la perspectiva de los autos, colectivos y tranvías que circulaban por la calle. Mucha acción igual no hubo. Hasta donde pude reconstruir la escena, Ruth le quitó a la Winkler su bastón y la amenazó con usarlo para propinarle una paliza, aunque no fue necesario gastar esa energía ya que, sin sostén, la masa redonda cayó por peso propio sobre su trasero.

El verdadero nocaout llegó más tarde, cuando mi abuelo se hartó de las groserías de esta mujer. Por aquella época, principios de los sesenta, el señor Winkler ya se había quitado la vida colgándose de una corbata y Gaby traía a sus amigos para que vieran en vivo a la loca del piso de arriba. Pero a mi abuelo Heinz no le causaba ninguna gracia el acoso permanente y en la familia se especula con que la enfermedad coronaria de la que murió a mitad de aquella década con tan solo cincuenta y dos años no fue ajena a esta vecindad insalubre. En cualquier caso, no debe haber

favorecido a su frágil estado de salud que un día, desquiciado de rabia, saliera disparado de su casa y empezara a lanzar hacia arriba todos los objetos contundentes que encontraba a mano, con bastante puntería. Después de eso, la señora Winkler se tranquilizó bastante, pero el daño a la salud de Heinz ya estaba hecho. Aunque la sobrevivió, lo hizo como tantos otros sobrevivientes del régimen representado por esa mujer: con heridas tanto visibles como invisibles.

Esta anécdota, que ya por su extensión temporal constituye más bien un episodio, siempre circuló en mi familia con una cierta liviandad. Y así también la contaba yo, cada vez que venía a cuento. Recién durante una gira de lecturas por Alemania, cuando una persona del público me preguntó cómo era la convivencia de los dos tipos de inmigración alemana en Argentina, tomé consciencia de que los acontecimientos de la calle Monroe 4140 eran todo menos normales. Tal vez fuera una estrategia de represión, esto de que mi familia y yo lo tomáramos como algo común –no había dinero suficiente como para simplemente mudarse, además de que hubiera sido por completo injusto–, pero también lo consideraban habitual otros argentinos que sabían de esta extraña convivencia, pese a las diferencias irreconciliables dentro de la colectividad alemana.

¿Cómo es que se llegó a este choque, no de diferentes culturas, sino de una y la misma, tan lejos de su origen? ¿Y cómo hicieron ambos lados enemistados de esta cultura para de todos modos vivir juntos? Preguntas que a veces el involucrado es el último que se las hace y cuya contestación sacó a la luz muchas novedades también para mí. Como perteneciente a la segunda generación de nacidos en el país, me siento naturalmente mucho más argentino que alemán. ¿Qué pasa, sin embargo, con las identidades alemana y judía? Me encantaría no tener que hacer allí ninguna distinción, pero existe, aunque no lo quiera, y era mucho más fuerte cuando mi familia tuvo que huir al sur de América.

Fui educado como judío tanto como alemán, aunque el segundo elemento terminó siendo el de mayor peso, también porque volví a vivir en Alemania, lo mismo que dos de mis tres hermanos. A la vez, puedo perder rápidamente mi alemanidad y volverme bastante judío, cuando me encuentro entre alemanes o no alemanes de opiniones dudosas. Raro, sin embargo, que reaccione con indignación ante ataques directos. La indignación me parece poco elegante y hasta un despilfarro de fuerzas. Prefiero tomármelo con ironía.

Aquí me propongo investigar también esta distancia presunta. Aunque preferiría no hacerlo, ocuparme de la historia de los alemanes en Argentina me convierte de manera indefectible en objeto de este estudio. Ya por el modo en que leo las fuentes quedarán a la vista rasgos subjetivos de los que por momentos ni yo mismo tomo nota. Es probable, en ese sentido, que encuentre en los libros más esvásticas que otros lectores, incluso en casos en que tal vez ni haya. De este tipo de obsesión puede deducirse mucho de lo que ocurre en el cerebro de la tercera generación de judeoalemanes que se fueron de –y volvieron a– su país de origen.

Ahora bien: por muy claro y reflexivo que suene esto, rápidamente puede entrar en un terreno difuso. Lo cual no tiene por qué estar mal, si significa que nos acercamos al núcleo del trauma. Un trauma, por cierto, que resulta heredado para todos los aquí involucrados. Esto nos da más libertad de movimiento que en aquel entonces, cuando las heridas aún estaban abiertas y hasta amenazaban con separar a alemanes y judíos para siempre. ¿O será que el Holocausto consumió efectivamente esta escisión dentro de la cultura alemana, sin retorno posible? ¿Puede la cicatriz, sobre la que algunos de nosotros, alemanes judíos y no judíos nacidos o no en Alemania, hablamos de manera relajada y hasta socarrona, explotar en cualquier momento? No lo creo, de lo contrario nunca habría regresado a Alemania, y a la vez no tengo dudas de que lamentablemente es así. En todo caso, estoy convencido de que alrededor de este tipo de contradicciones gira la cosmovisión de gente con una historia como la mía.

Si queremos estudiar su génesis, no puede ser mala idea investigar el desarrollo de estas tensiones usando a la Argentina como laboratorio. La historia que ya sería suficientemente interesante de haber empezado y acabado a mediados del siglo anterior. Pero empieza mucho antes, y dura hasta el presente.



Para conocer la historia de la inmigración alemana en Argentina hay que consultar la gruesa *Geschichte des Deutschtums in Argentinien* o *Historia de la alemanidad en Argentina*, de W. Lütge y otros. No solo porque este libro representa el primer y hasta hoy único intento de aproximación a la temática, sino sobre todo porque el libro mismo se encuentra en el epicentro de su propia empresa. Se nota ya por la terminología elegida en su título, donde no se habla de los alemanes –porque al principio no existían como nacionalidad, o porque eran muy pocos, oíríamos seguramente como aclaración–, sino de la *alemanidad*, que pese a su aire inclusivo opera como garante exactamente de lo contrario.

A esto se agrega la fecha de publicación: 1955. El libro fue escrito después de que la inmigración alemana hacia Argentina alcanzara su apogeo. Por supuesto que muchos de estos inmigrantes eran de origen judío, es decir que no eran “alemanes de verdad”, desde la perspectiva de los que ya estaban asentados en el país y se habían alineado con el régimen nazi. El pretexto oficial para la redacción fueron los cien años de existencia del Club Alemán de Buenos Aires, la asociación teutona más antigua del país, y su objetivo era “mostrar a los nuevos inmigrantes que la participación de los alemanes en el progreso de Argentina se remonta hasta los principios de su historia”.

Y más atrás también, debería decir, porque el historiador *amateur* Lütge escribe que incluso en tiempos prehistóricos hubo alemanes

y otros habitantes del “Sacro Imperio Romano Germánico” que se instalaron en esta parte de la tierra colonizada por los españoles. En marzo de 1520, por ejemplo, el alemán Hans Vargue arribó al sitio que más tarde se llamaría Argentina, como comandante de artillería de uno de los cinco barcos con los que Fernando de Magallanes descubriría el estrecho entre el Atlántico y el Pacífico que hoy lleva su nombre. Vargue participó de ese descubrimiento, aunque murió sin poder cosechar sus frutos. Por eso se trata de una “historia trágica, sobre la que está escrita la palabra ‘casi’, que vale para tantos emprendimientos alemanes”. A qué otros emprendimientos alude el autor queda a criterio del lector.

No mucho mejor le fue al bávaro Ulrich Schmidl, aun cuando participó de la fundación de la ciudad de Buenos Aires en 1536 y más tarde publicó la crónica del país más antigua de la que aún conservamos una copia. De él se informa aquí que se mantuvo “con fidelidad alemana” al lado de su Führer y que, si bien “no era para nada de naturaleza cruel”, veía a la población indígena en principio como botín. Schmidl aclaraba que prefería capturar muchachos jóvenes antes que viejos, una estrategia que Lütge considera de una “ingenuidad conmovedora”.

En el capítulo siguiente, con no menos enternecedora candidez, practica él mismo un poco de teoría de razas. Nos enteramos así de que los mestizos de la primera generación estaban más cerca de los indios que de los ancestros europeos, aun cuando la paulatina asimilación iba compensando los contrastes. “La afluencia de sangre europea fresca” habría impedido en última instancia “la absorción de los inmigrantes por parte de la población originaria”. Lamentablemente, los alemanes “se diluyeron en esta cruce indiano-europea” y el “elemento alemán” había acabado representando apenas “una gota en la mezcla sanguínea” de los criollos. La alemanidad, con todo, había contribuido en no menor medida, sobre todo a través de Schmidl, a la Conquista del Río de la Plata.

Supongo que a más tardar aquí –página 37 de las cuatrocientas que tiene el mamotreto– el desinteresado lector alemán, si es que lo hay, reconoce la impronta nazi de la obra. Yo ya lo había descartado por el título, como adelanté, aun cuando la palabra *Deutschtum* sea más antigua que el Nacionalsocialismo. Y, en efecto, W. Lütge fue miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán o NSDAP, por sus siglas en alemán. Todas las personas de su entorno lo eran, si no de manera formal, al menos espiritual. Y cuando no en su espíritu, entonces según la opinión de mi familia y de todas las familias judías del país, alemanas o no alemanas. Un prejuicio que nada dice sobre sus descendientes, que puedo imaginar que nunca hayan pisado las instalaciones del Club Alemán y que tampoco lo harían. Mientras que yo sí lo hice, aunque hace muchos años, por invitación de una señora que quedó impresionada por mi historia y quería organizar una lectura. Al final no pudo convencer a la comisión directiva de su propuesta, pero las vistas y la carne del restaurante del Club –ubicado ahora en el mismo edificio que el Instituto Goethe– no dejaron por eso de parecerme estupendas.

El siguiente punto alto del patrocinio alemán al desarrollo del país –siempre según Lütge, aunque yo como judío me fije más en lo que calla que en lo que dice– lo conformaron en el siglo xvii los padres de las misiones jesuíticas, a quienes califica de “colonizadores ejemplares”. Todo este “experimento sagrado” constituiría en líneas generales uno de “los mayores logros de la historia americana”, puesto que en las misiones los indios podían vivir a un “nivel cultural... que ni conocían de antes, ni volvieron a alcanzar tras quedar ‘liberados’ de la tutela de los curas”. El único reproche del autor a estos “conquistadores del espíritu” es haber establecido un “comunismo religioso”.

A mediados del siglo xix, aumentó la inmigración al “lejano país de las posibilidades”, aunque dentro de parámetros todavía discretos. Lütge explica que los alemanes se unieron demasiado

rápido a la sociedad existente, de modo que un par de generaciones más tarde solo sus apellidos daban cuenta de su alemanidad. “La razón de esta asimilación veloz no radica tanto en la poca resistencia de la estirpe germana a los influjos foráneos, sino a la falta de apoyo político y económico desde la patria”. Según Lütge, el alemán carecía de “autoconciencia nacional”, es decir (agrego yo) del sentimiento de dignidad nacional que había descubierto con ayuda de Hitler y que ya le habían vuelto a quitar.

Una situación muy lamentable, continúa diciendo el autor, sobre todo si se conoce “la grandiosa visión” de Sarmiento. El educador nacional y presidente del país entre 1868 y 1874 soñaba con un movimiento emigratorio teutón hacia Sudamérica que se expandiera por todo el subcontinente, haciendo florecer la agricultura y la industria allí donde solo había “bosques inútiles”. “La América del Sur podrá entonces rivalizar en poder y riqueza con la del Norte –se cita a Sarmiento–, y grandes Estados productores establecerán la balanza entra las dos razas principales que pueblan la América”.

La lasitud patriótica de los alemanes en Argentina cambia recién después de la guerra Franco-Prusiana de 1870/71. Con la llegada de un representante del Imperio Alemán empieza una nueva época. Lütge cita –y eso equivale aquí a presentar pruebas– una fuente contemporánea en la que se encomia la desaparición de todas las enemistades entre los alemanes: “Personas que por sus divergentes formas de vida nunca habían entrado en contacto trabaron amistosa relación, en resumen: el alemán era ahora eso, un alemán”. ¿Incluye esto al fin a los judíos? Difícilmente, como veremos.

De su propia pluma agrega el autor que el “glorioso auge de la nación alemana” sacó de su oscuridad a la colonia alemana de Buenos Aires, que “de golpe experimentó hasta qué punto la voz de los cañones resulta más persuasiva que la de los filósofos”. Los comerciantes alemanes marchaban ahora como los soldados de su país: “Rápidos como el rayo, en poderosas cuadrillas y siempre adelante, siempre adelante”.

A propósito de *adelante* o *Vorwärts*, como se llama la revista insignia de los socialdemócratas, que tuvo su edición argentina: La iglesia y la escuela fueron tradicionalmente “las instituciones principales al servicio de la identidad nacional”, sigue contando esta *Historia de la alemanidad*, hasta que hizo su aparición un nuevo tipo de inmigrante, que “ya no pertenecía a lo mejor de la burguesía alemana”, sino que “presentaba una orientación republicana, casi podría decirse socialista”. Surgieron así polémicas desagradables, cuando estos nuevos elementos intentaron democratizar la vida comunitaria, dice Lütge, en referencia a los socialdemócratas cuyas organizaciones fueron prohibidas por las leyes antisocialistas de Bismarck en 1878. “Hubo que cerrar las puertas y ventanas de las salas de reuniones, para evitar que el público fuera testigo del lamentable espectáculo de la discordia alemana”.

Verdaderos logros alemanes fueron, en cambio, la primera y la segunda imprenta de la región, así como la reforma de la medicina que realizó el Padre Sigismund Aperger. “Si este alemán no hubiera llegado al país, muy probablemente la mitad de la gente de nuestra orden provincial ya no estaría con vida”, se cita a un cura español. Lütge detalla, además, que la bandera argentina fue estrenada el 25 de mayo de 1812 en una iglesia construida por un alemán “y con un abanderado también alemán, el Barón Holmberg”. Entre los méritos de Holmberg se enumera que obligaba a los soldados de su milicia a abandonar “la mala costumbre de la siesta”.

A propósito de soldados: cuando estalló la guerra entre Argentina y Brasil en 1825, los primeros colonos alemanes se revelaron como no muy duchos en ese oficio. “Estos alemanes no están en condiciones ni de cuidar sus propios caballos”, se quejaba el soldado profesional Brandsen en sus diarios. Pero aun cuando el rendimiento militar de los colonos “indudablemente no constituye una página gloriosa de la historia de la alemanidad en Argentina”, el autor “no tiene la necesidad de retocarla, puesto que hubo suficientes alemanes que probaron ser soldados valientes en el ejército argentino”.

ÍNDICE

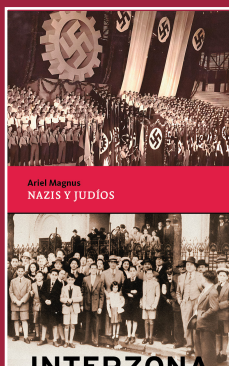
1. Notre Dame de Buenos Aires	9
2. Argentoalemán	15
3. Una historia de los alemanes judíos	23
4. El séquito del Barón	31
5. Nuestra gente	35
6. La <i>iequidad</i>	39
7. La escuela que (no necesariamente en principio, pero al final) amamos	45
8. <i>Soap opera</i>	53
9. Un poquito de guerra mundial	59
10. Bluf mundial	65
11. Un tango por el Führer	71
12. Argenazis	77
13. La cruz (esvástica) del sur	85

14. <i>El Sendero</i> , paso a paso	91
15. <i>Oven not over</i>	95
16. Perón, ¿era nazi?	101
17. Escenas de una colectividad	111
18. Historia de dos ciudades	121
19. Dedicatoria <i>a posteriori</i>	129
Agradecimientos	133
Bibliografía seleccionada	135

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA